

INTERIOR DEL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

rios ó simples pastores, arreaban la bestia, llevándola á engrosar sus rebaños.

Hoy las leyes, y más aún la policía del campo, que las hace efectivas, han acabado con el matrero y el ladrón de animales. Además, el alambre, al cercar los campos y sus rebaños, da á la propiedad nueva fuerza, alejando la tentación del que transcurre por el camino. El animal ya no surge al paso en medio del desierto, sino que hay que ir en su busca, saltando las vallas del cercado ajeno, lo que borra toda excusa de circunstancias atenuantes.

Todavía ocurren casos de abigeato en algunas provincias, pero el robo de bestias no constituye ya una calamidad nacional como en otros tiempos, y acabará por desaparecer.

De todas las operaciones que se realizan en las estancias, la más importante es la del «rodeo», que tiene por objeto inspeccionar los animales para darse cuenta de su estado y su número.

Los jinetes pastores, descendientes de los antiguos gauchos, que aún emplean este nombre como título honorífico de sus talentos de hombres de campo, efectúan el rodeo extendiéndose en ala hasta ocupar una gran porción de terreno y avanzan llevándose por delante, en determinada dirección, todos los animales que encuentran.

Esta dirección en muchas estancias la marca un poste de hierro ó madera, que los animales acaban por conocer, dirigiéndose instintivamente hacia él apenas se inician los preparativos del rodeo.

Una nube baja de polvo rojizo se marca en el límite del horizonte. Dentro de ella ondula con esparcimientos y contracciones una línea negra que parece saltar y enroscarse con la furia de una serpiente azotada. Poco á poco esta nube se aproxima, se agranda sobre el inmenso mar de tierra, como una tormenta ruidosa. La línea oscura aclárase hasta tomar diversos colores y convertirse en un palpitante mosaico de piezas blancas, rojas y negras. Su parte superior, antes rígida y horizontal, va dentándose con las agudezas de innúmeras astas y angulares testuces: su parte baja aturde con el incesante temblor de las inquietas patas que, al trotar sobre el suelo, arañan la superficie y la envían á lo alto en forma de rosadas nubecillas. Un confuso fragor de mugidos bestiales y gritos humanos se funde con el sordo retem-

ban *montonera* ó *guerrilla*; los viandantes, y hasta los mismos ganaderos, poco aficionados á distinguir lo ajeno de lo propio y propensos á señalar con su hierro la bestia del vecino que no ostentaba la marca con toda claridad. Las gentes ignoraban el respeto al rebaño. Todo animal encontrado en campo libre aparecía ante sus ojos como un regalo de Dios. Si eran viajeros, mataban la res, la asaban y se la comían; si eran partidarios

blar de la tierra bajo la invasión de carnales pesadeces. Hay momentos de calma en que sólo se oye el trote desordenado de las pezuñas; pero inmediatamente vuelven á sonar los mugidos y los gritos de los pastores que vigilan y cercan el rebaño.

Miles y miles de reses, formando una sola masa, dan vueltas y vueltas en torno del mástil del rodeo. Llegan nuevas tropas escoltadas por los gauchos, y como mansos afluentes se funden en este torbellino giratorio. Los pastores, inmóviles sobre sus caballos, vigilan la inmensa rueda de carne, y su mirada experta reconoce á los animales, dándose cuenta de su número con asombrosa rapidez de cálculo.

El movimiento circulatorio, incesante y monótono, no se detiene un solo instante. Apenas las reses retardan el paso ó empiezan á hostilizarse unas á otras, gritan los pastores, meten espuela á sus caballos para aproximarse al lugar donde se inicia el enredo dilatorio, y el rodeo continúa. Mientras el toro marcha, esta función distrae su obtusa voluntad. Apenas se detiene, cambia de propósito, y el instinto le hace romper toda disciplina, separándose de la masa, para huir en busca del pasto de los campos infinitos.

De vez en cuando un toro solitario, ó un pequeño grupo, se despegan de la rueda é intentan escapar; pero al punto acude veloz el gaucho, encorvado sobre su trotón, para cerrarle el paso, y el animal vuelve á confundirse con sus congéneres, resignado y bonachón, luego de esta rebeldía de su confuso pensamiento.



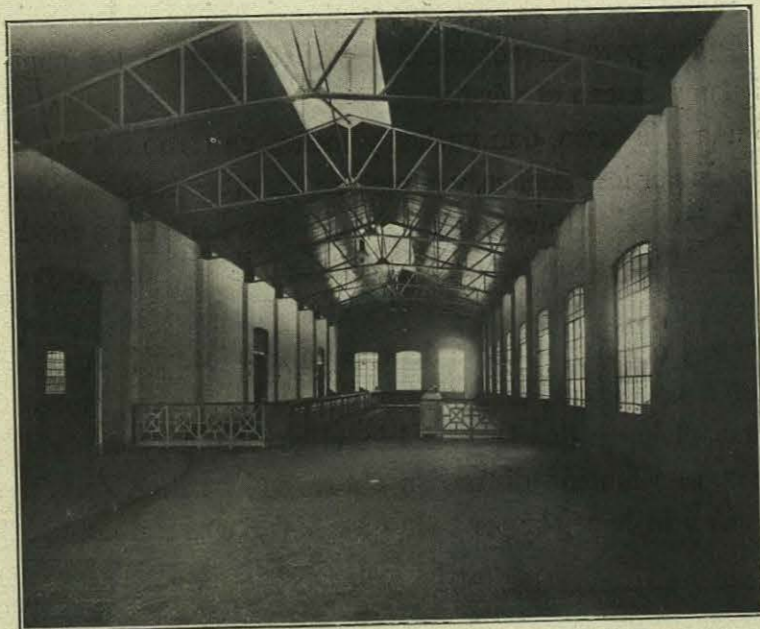
INTERIOR DE UN MOLINO EN BUENOS AIRES

Yo he visto rodeos de 14.000 toros... ¡Una selva de astas!... ¡Un mar de olas rojas, negras y blancas, que se entrechocaban furiosamente!... Cuando se retiraron las reses en columnas, escoltadas por los gauchos, para volver á la soledad de sus pastos, el suelo estaba alterado, desmenuzado, con profundos surcos, como si acabara de pasar sobre él una tromba de muerte.

* * *

La agricultura y la ganadería son, en el presente, las dos bases más firmes del comercio de exportación argentino. La República del Plata no ha llegado todavía al rango de país industrial, aunque por sus condiciones especiales lo será en lo futuro.

Las etapas de su progreso siguen la misma gradación que las de todos los grandes pueblos. Hasta hace pocos años su desarrollo era puramente pecuario; ahora explota la riqueza agrícola; en breve plazo entrará de lleno en el desenvolvimiento industrial, del que son claros anuncios



UNA NAVE DEL HOTEL DE EMIGRANTES

do la ondulación pobladora que parte de Buenos Aires llegue á establecerse en la vertiente de los Andes, una de las regiones mineras más ricas del mundo! . . .

La falta de brazos es la causa principal de que este país se halle aún en el período titulado agro-pecuario. Hay también que dar «tiempo al tiempo», pues por vigorosas que sean las fuerzas de desarrollo de un país, es imposible que en cincuenta años de verdadera vida pueda recorrer triunfante los tres períodos: el de la ganadería, el de la agricultura y el industrial. La inmigración europea, el aumento vegetativo de la población, y sobre todo, el curso del tiempo, harán de Argentina, con los años, un país tan grande industrialmente como lo es hoy en la explotación de la tierra. Pero por el momento, solamente la ganadería y la agricultura sostienen el tráfico con el exterior.

Durante la época colonial, el monopolio de los mercaderes de Sevilla sobre el comercio del Perú mantuvo cerrado por largos años el puerto de Buenos Aires, queriendo evitarse con esto una concurrencia en el tráfico. No hubo, por tanto, verdadero comercio en las riberas del Plata, aunque sí mucho contrabando, que se hacía por medio de los corsarios ingleses, holandeses y franceses.

España, de acuerdo con las torpes ideas económicas que en aquellos tiempos eran de moda en todos los países, reservábase el derecho de surtir á sus colonias de artículos europeos, prohibiendo á las otras marinas el comercio sudamericano. Estas mercaderías europeas eran importadas, como ya dijimos, desde Sevilla, donde residían los mercaderes monopolizadores, á Puerto Bello (Venezuela), de allí á Panamá, y de Panamá al Perú. Desde este país se distribuían por tierra á las colonias vecinas, y la del Río de la Plata recibía las suyas á través de la llamada aduana seca de Córdoba.

El sistema absurdo del monopolio, al huir de la navegación directa, recargaba considerablemente las mercancías con los gastos de transporte, que algunas veces cuadruplicaban su valor. Ya dijimos también que la metrópoli, en sus Leyes de Indias, se oponía á la producción en la Península de ciertos artículos americanos, y en América á la de determinados artículos españoles. En las colonias americanas no podían labrarse tejidos ni producirse aceites, vinos y aguardientes. La exportación de los países del Río de la Plata á España, consistía en metales preciosos, plomo y cobre, lanas de vicuña, guanaco y oveja; carne salada, cueros, sebo, astas,

las fábricas importantes que empiezan á establecerse en el país. El día en que la abundancia de brazos permita aprovechar los centenares de miles de toneladas de fibras de lino que se pierden, por utilizarse sólo la simiente de este cultivo, y en que los agricultores de la región subtropical planten sus tierras de algodón, á lo que se muestran ahora refractarios, igualmente por la carencia de manos activas, ¡qué de fábricas de tejidos podrán establecerse en las riberas del Plata, cerca de los inagotables campos de primeras materias! . . . ¡Y qué de otras industrias en el interior, cuando

maderas finas y plantas medicinales. Los únicos puertos de la Península habilitados para el comercio con América, eran los de Sevilla y Cádiz.

Á mediados del siglo XVIII, Carlos III, monarca progresivo, acabó con esta absurda situación, promulgando en 1776 su *Reglamento del comercio libre*. En él se disponía que todos los puertos de la Península pudieran comerciar con los de América, y creaba una línea regular de buques (dos por mes) para el Río de la Plata, elevado el año siguiente á la categoría de virreinato. La vida comercial empezó entonces para Buenos Aires. Además, el *Reglamento* declaraba libre el tráfico entre las colonias americanas, que hasta 1774 no habían podido cambiar directamente sus productos. Esta reforma liberal, digna del buen nombre de aquel monarca, fué mejorando la vida económica de las posesiones españolas. En 1794, Buenos Aires fundó, á imitación de Barcelona, Valencia y otros puertos de la Península, el Tribunal del Consulado, institución que tenía por objeto fomentar los intereses mercantiles en unión de los de la agricultura y la industria.

Por desgracia, las guerras internacionales vinieron á paralizar estas benéficas reformas. España púsose en abierta hostilidad con Inglaterra, y de 1800 á 1809 el comercio exterior del virreinato sufrió graves quebrantos por la persecución que hacían sufrir á sus buques los corsarios ingleses. Además, ocurrieron en este período las dos expediciones británicas al Río de la Plata, que tanta gloria proporcionaron á los vecinos de Buenos Aires.

Al ser invadida España por las tropas napoleónicas en 1808, se interrumpieron completamente las relaciones comerciales con la Península, y los mercaderes argentinos, así como los hacendados ó ganaderos, no supieron qué hacer de sus productos. Entonces fué cuando Mariano Moreno dirigió al virrey Cisneros su famosa «Representación de los Hacendados», pidiéndole que declarase el libre comercio con Inglaterra. El virrey cedió á este pensamiento, tanto más cuanto que los sucesos de la Península impulsaban á los patriotas españoles á establecer una alianza con la Gran Bretaña para combatir á Napoleón, su enemigo común. La medida de declarar libre el comercio con los buques ingleses, enemigos hasta poco antes, produjo rápidos y magníficos resultados. El nuevo tráfico llegó á dar mensualmente, por derechos de embarque, á la Tesorería de Buenos Aires 350.000 pesos oro, ó sea 1 millón 750.000 francos.

Luego de proclamada la independencia argentina, vivió el comercio durante muchos años lo mismo que en los últimos tiempos de la época colonial. Lo único que aumentaba era la importación, conforme iban desarrollándose las necesidades del país. La exportación consistía, como antes, en carnes saladas, cueros y otros productos ganaderos.

Al ser vencida para siempre la tiranía de Rosas y proclamada en 1852 la libre navegación de los ríos platenses, aumentó rápidamente el comercio. Además, dos millones de europeos vinieron á sumarse en varios años á la población argentina, y esto acrecentó la potencia comercial del país, hasta llegar á los tiempos actuales, en los que la exportación es muy superior á la importación.

Todas las industrias argentinas están basadas en la ganadería ó la agricultura, lo mismo que el comercio.

Los llamados «saladeros» constituyen una de las más importantes manifestaciones industriales. En estos establecimientos se preparan las carnes (especialmente las vacunas) y ciertos despojos, poniéndolo todo en condición de ser transportado á largas distancias. El primer saladero se estableció en las orillas del Plata á principios del siglo XVIII. En la actualidad existen unos veinte establecimientos de esta clase, que preparan la carne salada ó «tasajo», de gran consumo en las Antillas y el Brasil.

Los saladeros, que están situados á orillas de los grandes ríos ó del mar, para aprovecharse de las facilidades de embarque, consumen anualmente cerca de medio millón de novillos. Son

establecimientos que disponen de medios para realizar en pocas horas enormes matanzas, así como para preparar los cueros, grasas, astas y huesos, pues todo se utiliza en esta explotación industrial. Hoy se verifican dichas operaciones con el auxilio de máquinas modernas; pero hace algunos años la matanza revestía un carácter más primitivo, llamando mucho la atención la ligereza y habilidad de los gauchos encargados de ella.

Á principios del siglo XIX, el viajero francés Orbigny describió las operaciones de un saladero. «Los animales — decía — son conducidos á los rediles del establecimiento la tarde anterior, para ser sacrificados á la mañana siguiente. Desde el amanecer, los operarios se preparan para el trabajo. Los unos, á caballo y con el lazo pronto, entran en el redil, amarran á cada animal por los cuernos y tiran de él, mientras otros que van detrás le obligan á marchar dándole golpes. Al llegar frente al cobertizo de la ejecución, le tronchan los corvejones traseros de una certera cuchillada y la res cae al suelo imposibilitada de andar. Entonces, ó la hieren en la garganta para desangrarla y le pinchan en la nuca hasta tocar la medula del espinazo. Todo ello ocurre en unos segundos. Mientras los hombres á caballo continúan la misma operación, otros operarios empiezan á desollar y partir la carne, separándola de los huesos, dividiendo aquélla en cuatro ó seis grandes pedazos, apilando los cueros y amontonando los intestinos, que algunos muchachos cuidan de limpiar. Estas operaciones son tan rápidas, que á veces á las nueve de la mañana están ya muertas 800 ó 1.000 reses. Los pedazos de carne, cortados en forma de lámina y limpios de grasa, se amontonan en una pila cuadrangular, con gruesas capas de sal interpoladas. Así permanece la pila durante quince días, para que las carnes se impregnen de sal, y luego se las cuelga de unas cuerdas ó estacadas con objeto de que se sequen, lo que las hace menos pesadas, más duraderas y de fácil transporte. Finalmente, se juntan en paquetes y se entregan éstos al comercio».

Hoy, estas operaciones de matanza y salazón se han modificado bastante. Las astas, huesos, sangre y otros despojos destínanse á la exportación para los centros fabriles, que los utilizan como primera materia de sus industrias.

Los establecimientos frigoríficos representan un gran progreso comercial. Gracias á ellos, la ganadería ha visto aumentada considerablemente su exportación. El primer frigorífico se estableció en 1883 en el puerto de Campana (Buenos Aires); el segundo en Barracas al Sud; el tercero en Zárate, y luego otros en Bahía Blanca, Barracas, etc. Estos establecimientos congelan las carnes de novillos y ovejas y las exportan á Europa. Algunos años han llegado á embarcar cerca de 4 millones de carneros y 400.000 novillos. Los grandes adelantos de la navegación y el tonelaje de los buques que anclan en el río de la Plata, permiten igualmente el transporte de ganado en pie á los puertos europeos, alistándose en pocos días un cargamento de miles de reses. La congelación de los frigoríficos y la exportación de ganado vivo hacen disminuir año por año la venta de carnes secas de los saladeros.

La agricultura mantiene varias industrias de gran importancia. Los molinos harineros existentes en Argentina se hallan instalados con arreglo á los adelantos más recientes. A fines del siglo XVI se establecieron por los españoles los primeros molinos, en el virreinato del Río de la Plata, movidos á fuerza hidráulica. El estado precario de la agricultura mantuvo hasta hace algunos años la industria de la molienda en su estado primitivo. Argentina tenía que importar el grano para su consumo, así como harinas, de Chile, California y hasta de Australia. En 1845 se inauguró en Buenos Aires el primer molino á vapor, y desde entonces se han creado en la República unos 700 establecimientos de molienda, todos ellos de importancia y con excelente maquinaria, triturando anualmente cerca de un millón de toneladas de trigo. La harina argentina se exporta al Brasil y á muchos puertos de Europa.

La caña de azúcar representa una de las mayores riquezas en las provincias de la región subtropical. A mediados del siglo XVII los españoles residentes en Perú y Chile introdujeron este cultivo en la provincia de Tucumán, desarrollándose con algún éxito. Pero en el tormentoso período que inauguró el siglo XIX, la caña de azúcar fué decayendo y hasta 1821 no se realizaron nuevas plantaciones en Tucumán, extendiéndose poco después á Salta, Jujuy y Santiago del Estero. Pequeños trapiches de madera sirvieron al principio para la fabricación rudimentaria del azúcar. La falta de medios de transporte no consentía mayor desarrollo. Llevar una máquina desde los puertos del Plata hasta Tucumán, era más costoso y largo que un viaje de Europa á la Argentina. La construcción del ferrocarril á Tucumán dió á la industria azucarera un impulso enorme y fulminante. Pudieron traerse grandes maquinarias y exportar con facilidad los productos, naciendo entonces los *ingenios*, que hoy constituyen la principal riqueza de las provincias del Norte.

La Argentina, que hasta 1894 fué consumidora de azúcares extranjeros, satisface en el presente con la propia fabricación sus necesidades de este artículo y exporta á los países vecinos. Su producción anual es de 800 millones de kilos. El Estado protege mucho á esta industria, concediéndola primas de exportación, á semejanza de lo que hacen algunas naciones europeas.

Otros establecimientos industriales producen alcohol y aceites de mani, lino y colza.

La industria vinícola tiene su centro más importante en las provincias de Mendoza y San Juan, llegando á dar á los mercados del país más de un millón de hectolitros. Esta producción aumenta rápidamente, pues cada año se plantan nuevos viñedos. A partir de 1890, comenzaron los vinos argentinos á tener influencia en el mercado, haciendo disminuir la importación extranjera. Pero ésta aun es considerable, pues los vinos nacionales sólo satisfacen una mitad del consumo.

VI

VALOR DE LA TIERRA

Es difícil determinar el valor de la tierra en un país tan extenso y variado como la República Argentina.

Aparte de su precio real desde el punto de vista de la producción, circunstancias especiales lo modifican con frecuencia. La construcción de una vía férrea á través de un campo, un alumbramiento de aguas en las inmediaciones, una cosecha excepcional y otras causas diversas pueden contribuir al aumento del precio. El agua es el tesoro de más valía para las tierras. Dos campos en un mismo distrito alcanzan un valor diferente, según sean mayores ó menores las probabilidades de riego ó se hallen más próximos á la vía férrea.

Las tierras dedicadas á cereales en la región Central, gozan de un precio casi fijo, regulado por el término medio de la cosecha, y su valor no está sujeto á fluctuaciones. Pero dos nuevos factores de valorización han entrado recientemente en la agricultura argentina. La alfalfa y la madera de quebracho alcanzan precios remuneradores en extremo, y las tierras que los producen suben de valor considerablemente.

Todo el que intenta ahora adquirir un campo, lo primero que se informa es de si ofrece posibilidad de riego ó si el agua está en capas subterráneas cerca de la superficie, para